

LA VOZ DE TOTANA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, CARTAGENA 14.

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

PRECIO DE SUSCRICIÓN, 1 PESETA AL MES.

LA OBRA DEL REDENTOR

—
Cuando á través de los siglos fijamos la vista en la antigüedad y estudiamos el estado moral y político de aquellos primitivos pueblos, cuyos pesados monumentos de piedra, obra digna de titanes, todavía nos asombran; en medio de las manchas que oscurecen el cuadro de aquella magnífica civilización, se destacan dos figuras que, como esplendentes astros de primera magnitud, lo iluminan por completo: Moisés y Jesucristo.

No es posible, dentro de los estrechos límites de un artículo destinado á conmemorar los dolorosos sucesos que durante la Semana Santa con sus solemnes ceremonias recuerda la Iglesia, hacer un acabado paragon del legislador hebreo que desde la cumbre del monte Sinaí, envuelto entre rayos y al fragor del trueno, da al pueblo escogido de Dios sus mandamientos escritos en tablas de piedra, y el divino Redentor, que desde la cima de otro monte, célebre en los fastos del mundo, clavado en ignominiosa cruz como el más vil de los malhechores, sella con su sangre sus sublimes doctrinas, que, rechazadas entonces como utópicas, habían de constituir con el tiempo el ideal de la humanidad.

Con la ley mosaica puede decirse que termina el mundo antiguo: con la ley de Cristo principia el moderno. Los escribas y fariseos se ensañaron con Jesús hasta el punto de pedir su muerte, porque conocieron que con las nuevas doctrinas de éste el monopolio del templo se les escapaba de las manos, y la interpre-

tación de los libros sagrados por personas extrañas, como Jesús, a la profesion sacerdotal, era un peligro para el ministerio sagrado de que estaban revestidos. De aquí que considerasen al Salvador como un revolucionario. Y así lo era, en efecto. Los actos de éste, estrictamente ajustados á las doctrinas que predicaba á la muchedumbre en su larga peregrinación por los pueblos de Judea, les tenían escandalizados. La ley antigua mandaba apedrear á la mujer adúltera: Jesucristo la absolvía al decir á los que la acusaban: «El que de vosotros esté sin pecado, que arroje la primera piedra.» Tal manera de proceder, incomprensible para corazones cerrados á todo sentimiento de piedad, no podía menos de atraer sobre el justo las iras de los poderosos. Verdad es que éste no las rehuía; antes al contrario, penetrado de su sagrada misión, las buscaba: arrojando á latigazos á los profanadores del templo, á los cuales comparaba en sus parábolas á los *sepulcros blanqueados* llenos de podredumbre. Precisa considerar el estado de abyección en que el mundo antiguo estaba. Entregado al grosero culto de los sentidos, simbolizado en las divinidades paganas, la humanidad gemía bajo el peso de sus repugnantes vicios y el dominio de sus coronados opresores. Faltaba un ser superior que la sacase de aquel estado; y este ser, anunciado, según los libros bíblicos, por los profetas y presentido por Sócrates, fué Jesucristo. A partir desde su gloriosa muerte, cambia por completo la marcha de la hu-

manidad. Su doctrina, basada en el amor al prójimo y la fraternidad entre los hombres, en una época en que éstos puede decirse que casi no tenían conciencia de la dignidad humana, había naturalmente de hallar prosélitos entre las muchedumbres avidas de libertad y de justicia. Los discípulos de Jesús, al predicar su Evangelio por la tierra, tenían que luchar con los déspotas, que veían vacilantes en sus cabezas las coronas de hierro que la tiranía les forjara, y bien pronto fueron blanco de toda clase de persecuciones. San Pedro, piedra angular de la Iglesia, probó con el martirio su fe religiosa, y muy pronto siguieron su ejemplo innumerables varones, cuyos nombres, con el de otros tantos de vírgenes y mártiricas, llenan las gloriosas actas de los mártires. Causa horror el género de tormentos á que éstos fueron sujetos para hacerles abjurar sus creencias. Pero la verdad y la justicia se abren paso á despecho de las persecuciones; y el nuevo culto, celebrado durante éstas secretamente en el fondo de las catacumbas, con el tiempo consiguió triunfar de sus perseguidores. Jesucristo fué adorado en públicos altares, y la cruz, signo de redención, glorificada gracias al emperador Constantino y su cristiana madre la emperatriz Santa Elena. Los ministros de la nueva religión consiguieron comprar las primeras dignidades de la tierra y cimentar su poder por encima del de los mismos reyes. No nos atañe ahora estudiar si esto fué un bien ó un perjuicio para la Iglesia, que, emi-

nentemente espiritual, debe estar siempre por encima de las pasiones humanas. Meros narradores al someter al análisis de la crítica los hechos de la historia, no podemos menos de notar que los abusos del poder por un lado, y la intolerancia por otro, originaron una grave perturbación en las conciencias que, andando el tiempo, produjo amargo fruto, que no podemos menos de lamentar: la reforma religiosa. Desde esta triste efémeride, la lucha entre los que creen que la religión es incompatible con el progreso y los que, aferrados á viejas preocupaciones, reniegan de éste en nombre de aquella, viene subsistiendo con disgusto de los que, sinceramente religiosos sin pecar de fanáticos, condenan toda clase de intransigencias.

Afortunadamente, parece que se vislumbran en el horizonte días felices para la Iglesia. El glorioso pontífice que en la actualidad dirige la nave de San Pedro es una esperanza para los que creen que la religión no está reñida con la civilización moderna. Así lo ha reconocido últimamente el más elocuente de nuestros oradores, el ilustre Castelar, al enviarle su saludo, en solemnisima sesión, desde el seno de la representación nacional. Pero, aunque la esperanza que ha hecho concebir el iamortal Leon XIII resultase fallida, no por eso temeríamos por la suerte del cristianismo. Este es fe, es arte, es poesía. ¡Mientras en la tierra existan corazones que sientan, ojos que lloren y seres sedientos de libertad y justicia, esencialmente democrática